JUANA LA MACARRONA

Aún no tenía Juana los siete años cumplidos, cuando ya sus padres la exhibían por Jerez, bailando prodigiosamente sobre una mesa. Delante de los «tabancos» y en cualquier lugar, donde hubiese más de tres personas reunidas, solía montarse la función. La madre cantaba, el padre acompañaba con la guitarra y Juana, la pequeña Juana, morenita como la canela, bailaba salerosamente.

Luego, a pasar la bandeja.

A los ocho años, en 1868, Juana y sus padres dejaron el campo de Jerez, donde vivían, para trasladarse a Sevilla. La precoz artísta iba contratada, por vez primera en su vida, por el señor Silverio y Frasquito el Manga, para actuar en el Café de la Escalerilla. El primer sueldo: diez reales, por noche.

Pero poco tiempo estuvo en Sevilla la familia de los Macarrones. Pronto volvieron a Jerez, al campo, y a la misma vida de antes por las tiendas de vinos y colmados. Por lo visto, el sueldo de la pequeña Juana no alcanzaba para mantener a los tres.

Pero nuestra artísta, que ya conocía de la gloria de los aplausos, no se resistía a vivir fuera del ambiente del café cantante; y una noche, actuando en una fiesta en Jerez, la vió bailar El Mezcle, famoso cantaor de Sanlúcar de Barrameda, quien hizo que la contrataran para

el Café de las Siete Revueltas de Málaga, donde bailó dos años seguidos.

Al principio, los malagueños se reían de la niña, porque la veían muy feiya y raquítica, pero poco a poco los fué conquistando con el arte de su baile. Y..., lo que ella decía:

—¡Dos años, por la gloria de mi pare, cobrando tóo los días!

A la terminación de este segundo contrato, marchó a Barcelona, a La Alegría, que luego más tarde fué llamado Eden Concert, y pasados los años, cuando ya era una mocita bien espigada, con los diez y seis abriles rodeándole la cintura, prodigiosa y flexible, vuelve a Sevilla al Café de Silverio de la calle del Rosario, donde sus bailes ya causan admiración y levantan encomiasticos murmullos entre la clientela del señor Franconetti. Ella y Lamparilla son los más jovenes del cuadro, que integran los artistas de más postín del momento, cuales son las bailaoras Juana Antúnez, las Honrás, La Viuda,Saluita la del Ciego, Rosarito la de Roble, Mariquita Malvido y otras de gran categoría. Los bailaores son: el mencionado Lamparilla y Antonio el Pintor. Y a la hora de cantar: El Verea, Miguelito el Macaco, Fosforito y Don Antonio Chacón. Nada más y nada menos.

Del Café de Silverio, pasa La Macarrona al Burrero, en la calle Sierpes, donde cada noche

sientan cátedra de buen replante Fernanda Antúnez y Rosario la Mejorana, y al lado de estas dos eminencias Juana consolida una fama que se había ido ganando a pulso, a fuerza de levantar sus prodigiosas muñecas con tanto salero y a doblar la cintura con tanta soltura y donaire, lo que le vale un buen contrato para la capital del reino. Y allá se nos marcha Juana la Macarrona, la jerezana gitana y morena, como su bendita patrona la Virgen de la Merced, a bailarle a los madrileños en el café Romero de la calle de Atocha, aquella vía famosa de los caracoles de Don Antonio y el suelo brillante y limpio por el agua de la Alcachofa, a donde la ha mandado llamar el empresario del local, un cuñado del gran torero Don Luis Mazzantini.

En Madrid no se habla de otra cosa que de la figura preciosa y escultural de la gran bailaora de Jerez. Y de la gracia suprema que sabe poner como nadie en sus movimientos y contorsiones.

Cuando Juana la Macarrona vuelve otra vez al Burrero de Sevilla, es ya célebre en toda España. Con su baile soberano ha sabido conquistar el trono de reina del Baile Flamenco. Tan verdad es ésto, que su fama llega hasta el mismo París, a donde la reclaman para bailar con motivo de la exposición de 1889; y a París va Juana, cuando tiene veintinueve años y ya es

la mejor bailaora del mundo; con las Coquineras y el Pichirri, un talento del baile.

Una vez conquistado París, «meca» del Arte, Juana la Macarrona se convierte en una figura universal, cuyo prestigio de artista grandiosa traspasa las fronteras de todos los países, a donde acude a bailar aureolada de celebridad.

¿Europa? ¡Un pañuelo, para la majestad y el garbo del baile de La Macarrona! En 1912 —¡cincuenta y dos años, ya! ¡cómo pasa el tiempo!— Juana, que todavía sigue siendo la misma de 1889 para los franceses, que la recuerdan con cariño, baila en París contratada por un solo día, cobrando mil francos, viaje de ida y vuelta pagado.

Tal vez sea en esta ocasión, o en otra posterior, cuando la acompaña a «Parí de Fransia» el bailaor sevillano Rafael Ortega, quien cuenta de ella una graciosa anécdota.

Asegura Juana a Ortega, al llegar a la estación de la capital de Francia, que ella habla estupendamente el idioma de los franceses. Rafael la describe, al bajar del tren, con su capita de «petit-gris» y un maletín en la mano, dirigiéndose en un francés macarrónico —y nunca mejor empleado el calificativo, puesto que era La Macarrona quien lo hablaba— a uno de los mozos. Como lo que pronuncia es completa-

mente inentendible, y nadie logra saber lo que Juana le quiere decir, ésta se vuelve nerviosa al gitano, y con un mohín lleno de gracia, exclama:

— ¡Yo sé mu bien er fransé, Rafaé de mi arma, pero son estos malages los que han cambiao de irdioma, desde la última vé que'stuve!

En otra ocasión, mientras actuaba en Madrid, en un beneficio artístico en el Salón Ríos, los ladrones entraron en su casa y se llevaron el pequeño capitalito que Juana había ido guardando para su vejez: cerca de diez mil pesetas, entre dinero y joyas. Solamente pudo salvar unos valiosos zarcillos, que aquella noche llevaba puestos.

Pero Juana la Macarrona pudo haber sido millonaria. Aunque, eso sí, el Arte hubiera perdido a la bailaora más gloriosa de todas las épocas. La cosa fue porque cuando tenía diez y ocho años, se enamoró locamente de su cuerpo gitano un rico banquero madrileño. Y estaba dispuesto a forrarla de diamantes, cuando ocurrió lo inesperado:

—La familia der gachó se dio cuenta y lo pusieron por majareta, y a mí me echaron a perder mi porvení. ¡Porque hay que vé como estaba de loco por mí er chavosiyo!

Así contaba la jerezana el primer lance amoroso de su vida. ¡Una aventura que la pudo

haber convertido en la artista más rica del país!

No obstante, La Macarrona ganó una gran fortuna con el baile. Y podía haberse retirado cómodamente del teatro, sino llega a ser por el robo que acabó con sus ahorros.

Ella, que apenas sabía mover los pies bailando, pero que levantaba como nadie los brazos, y que fue insuperable en las alegrías; que el mundo se le había quedado chico para su fama de emperadora flamenca; que había sido aplaudida por los zares de Rusia, por reyes, príncipes, duques y gentes de todas las razas y de todos los colores; que había escuchado elogios en todos los idiomas de la tierra y que había rendido con su mirada y su duende gitano a cuantos hombres quedaron prendados de su cuerpo colosal y sublime; ella, Juana la Macarrona, nada menos, vivió sus últimos años en Sevilla, olvidada de los públicos, bailando para los aficionados de su juventud en los cuartos de los viejos colmados.

En uno de ellos, en el Pasaje del Duque, sostuvo en 1935 esta interesante conversación con un periodista que fue a entrevistarla:

—¿Qué artistas le han gustado más?

—De bailaoras, Rosario la Mejorana y Consuelo la Borriquera. Hubo otra mu güena tambien, pero yo no la ví bailá, que le decían Josefita la Pitraca. De cantaores de antes, de aho-

ra y de siempre... a mí el único que me ha hecho aguantá la respirasión ha sío Don Antonio Chacón. Luego... Manué Torre, y hoy... tos me paresen güenos. ¡Hay que viví!

—¿Ha tenido usted discípulas?

—Un miyón. Por mi casa han desfilao pa que yo les enseñe er Baile Flamenco medio Nuevayó. Pero la única que ha salío tar bailaora, y que yo la enseñé, fue Teresita España. ¡Vaya salero!

Callaba Juana, pensativa, se tomaba una caña y añadía, suspirando:

—¡Ya usté ve ahora! De cormao en cormao, esperando un arma güena que quiera acordarse de que esiste er Flamenco. Ni en los cafés nos quieren ya, cuando hemos sío siempre las reinas der mundo. Pero to lo acaba er tiempo. Las gentes están por las cosas modernas y er Flamenco muere. Toavía quea arguna solera, pero poca, mu poca. Toavía hay quien no se divierte si no escucha un cante chipen o se le caen las lágrimas viendo una gitana darse una güerta con salero. ¡Pero son tan pocos! Los niños modernos, la juventú, nos mira como a cosas raras, sin pensá que hemos jecho yorá con nuestras gitanerías a tre generasiones.

Otro suspiro... Y vuelta a recordar, con nostalgia.

—¡Aquellos tiempos! ¡Aquellos hombres!

¿Quién me iba a mí a desí cuando yo corría por el campo de Jeré... que yo iba a sé famosa en Parí? ¿Ni quién iba a pensá cuando yo triunfaba en Parí que ar finá el arte nuestro moriría en los cuartos de los cormaos? ¡La vía..., señó; la vía!

Y así, día a día, entre suspiros y cañas de manzanilla íbase extinguiendo poco a poco, lentamente, en medio de la miseria y el desdén, la vida de aquel portento del baile que se llamó Juana la Macarrona.

Sus palabras de 1935 fueron proféticas: el Flamenco acabó «en los cuartos de los cormaos». Era verdad que «los niños modernos, la juventú», miraba y sigue mirando el cante y el baile «como a cosas raras», sin saber que «esa cosa rara» que era la vieja Macarrona, enseñó a bailar a Pastora Imperio, a quien el Gobierno ha otorgado últimamente el lazo de dama de la Orden de Isabel la Católica, por su magnífico historial de artista; y a Florencia Pérez Padilla, famosa en el mundo con el nombre de Rosario, y una de las mejores bailaoras de hoy, que, como su maestra, ha recorrido todas las naciones bailando y triunfando.

Cuando más necesitada estaba, obtuvo unos cuantos miles de pesetas en un festival que, en su beneficio, organizaron en Sevilla escritores y periodistas. Poco antes de este homenaje, el úl-

timo que recibió en vida, solía actuar al frente de un conjunto folklórico, de esos de ahora, en el que no llegó a conseguir todo el éxito que merecía su venerabilidad de artista suprema.

Vivía cerca de la Alameda sevillana. Y allí se troncharon sus brazos un día de abril de 1947, en un último intento de alzarlos, como tantas veces en ochenta y siete años, para que ellos hablaran sus últimas palabras —los gestos son palabras—, en un acostumbrado diálogo con los duendes misteriosos del Baile Flamenco. Hasta el momento terrible de su postrer suspiro, cuando ya la muerte dejó caer para siempre sus brazos renegros en un aspaviento agónico y trágico, hasta entonces, Juana Vargas la Macarrona, de Jerez, fué emperadora de su arte sin descendencia, colosal y lleno de genialidades.



Juana la Macarrona, reina y señora del mejor baile flamenco.